



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: El problema indígena

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1996). El problema indígena. *Cuadernos Americanos*, 2(56), 228-237.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 56, (marzo-abril de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Exécepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial- Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by/-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## EL PROBLEMA INDÍGENA

Por *Leopoldo ZEA*  
PUDEL, UNAM

EN VÍSPERAS DE UN NUEVO SIGLO y un nuevo milenio, se sigue hablando de indígenas o indios (o sea grupos de mexicanos, de hombres), como se habla desde hace 500 años: como de una especie natural que puede extinguirse y debe ser protegida, como se habla de delfines y otras especies que hay que impedir que desaparezcan. En 1492 Colón se tropezó con esta gente a la que llamó *indios*, confundiendo este territorio con el Asia de los grandes Khanes. Habló de ellos como de ángeles del paraíso o bien de bestezuelas. Juan Ginés de Sepúlveda, para justificar la conquista y la colonización les llamó *homúnculos*, hombrecillos, menos que hombres, que para su posible salvación deberían subordinarse a sus nuevos amos, pagando con trabajo esclavo su salvación.

Quinientos años después se sigue insistiendo en hablar de indígenas, subhombres, que generosamente deben ser salvados y preservados como especie. Se habla de sus espacios naturales como autonomías, como ayer piadosamente se habló de misiones y utopías indígenas o más brutalmente de reservaciones. Igualmente se habló de leyes especiales para ellos, como si fueran ajenas a ellos las de todos los mexicanos, todos los hombres ¿para qué?, ¿para mejor mantener la manipulación y el confinamiento?

¿Naciones dentro de la nación? Los estadounidenses, en su expansión sobre las llanuras del Oeste, hablaron de naciones indias y por ello distintas y ajenas a los Estados Unidos. Naciones con las cuales se pactaba, se hacían tratados rápidamente rotos cuando no servían ya a los intereses de la nación por excelencia. Así fueron arrinconados los indígenas hasta sus actuales reservaciones. Confinados en sus limitadas tierras y con el sello de la cultura que les distinguía de sus depredadores. El año pasado se trajo de Estados Unidos una exposición, en donde se mostraba cómo la poderosa nación cuidaba de que esas que fueron naciones indias no perdiesen

su identidad: sus atuendos, plumas, cuentas y antiguas costumbres, tal como se ve en el Museo del Hombre.

Se trata del ancestral empeño de una parte de la humanidad para impedir que otra le exija compartir lo que juntas están logrando, unos con su iniciativa, otros con su trabajo. El empeño por hacer de unos hombres instrumento de otros, con el fin de impedir que esos otros puedan ser parte usufructuaria del mundo que tan brutal y desequilibradamente han creado. Se trata de que los indígenas no dejen de ser indígenas con derechos distintos de los que son exclusivos de sus expoliadores.

El supuesto problema indígena es el viejo problema del hombre, de la humanidad como problema de identidad a preservar, cuando es un problema de justicia. No confundir identidades porque la confusión es una amenaza del subdesarrollo y la miseria. Que los ricos se mantengan en sus palacios y los pobres en sus chozas. Hay que impedir que el pobre cambie su identidad tratando de ser como el rico, que el colonizado pretenda ser como el colonizador, el siervo como el señor, el esclavo como el amo. Esto es, que los pueblos pobres sigan siendo el patio trasero del imperio manipulador.

Sin embargo los sucesos puestos en marcha en 1989 con el fin de la guerra fría originaron inusitadas demandas de gentes que no se consideraban insertadas en el mundo globalizado que se perfilaba y reclamaban su inclusión en él. Demandas de millones y millones de indígenas, de hombres, siempre marginados, que exigen ser parte del orden que se anunciaba y que con sus sacrificios también habían hecho posible. Indígenas por la diversidad de sus etnias, hábitos, costumbres, no sólo de Chiapas y el resto de México y el continente, sino de otros muchos rincones de la tierra y dentro del mismo mundo desarrollado.

Frente a estas demandas, y como respuesta, se habló del fin de la explotación de la naturaleza y de la posible catástrofe con la que ésta castigaría a su depredador. Fin también del desarrollo: lo que queda no podría ser compartido porque ello sería compartir la miseria. Que cada pueblo, cada hombre, se mantenga en su hábitat y dentro de su propia y peculiar identidad. Que los ricos sean ricos hasta el final de su riqueza, los pobres pobres, esperando su igualación con los ricos en la próxima miseria de éstos. Los colonizados se igualarían con sus colonizadores en la miseria que originaría el fin del desarrollo.

Dentro de este anunciado futuro, los indígenas, los naturales que habían sabido cómo vivir en la naturaleza sin explotarla, serán

modelo a seguir para los que fueran obligados a volver a ella. Por ello había que preservar la identidad de estos naturales, indígenas, ya que, por su capacidad de vivir dentro de la naturaleza sin explotarla, serían un ejemplo. En Brasil escuché el grito de un hombre negro: “¡No me manden a la selva! Tengo derecho a compartir lo que quede del desarrollo por lo mucho que con nuestro trabajo hemos contribuido a él”. ¿Los confinados pieles rojas en sus reservas, hermoso modelo de futuro para sus confinadores? ¿Los explotados pueblos indígenas de México y el resto de la América, modelos a seguir por sus manipuladores?

Sería importante preguntarnos qué se quiere decir cuando se habla del indígena. “Indígena —dice el diccionario— es el originario de un determinado país”. En este sentido son indígenas los alemanes, como originarios de Alemania, los franceses de Francia, los españoles de España, etc. Pero también se habla de indigenismo, como estudio de los indígenas. ¿De todos los indígenas, incluidos alemanes, franceses y españoles? No, el mismo diccionario lo aclara: “Indigenismo es el estudio de los pueblos indios que hoy forman parte de las naciones en las que predomina la civilización europea”. Es decir, los pueblos que a partir de 1492 fueron siendo sometidos a los intereses de la civilización europea, al coloniaje. Pueblos cuyo estudio permitirá mantener el mismo. En este sentido surgieron en el mundo occidental estudiosos que se han denominado americanistas, orientalistas y africanistas. Los hombres de los pueblos no occidentales, los indígenas sometidos a dominación deberán ser estudiados como se estudian otras especies del mundo natural. Como lo hace la zoología y la antropología. Como se estudia el suelo, la florabreak y la fauna de la región conquistada y sometida a coloniaje. ¿Exageramos?

El filósofo británico de la historia Arnold Toynbee denuncia el sentido que tiene este calificativo para los civilizados occidentales: “Cuando nosotros los occidentales —escribe— llamamos a cierta gente *indígena*, borramos implícitamente el color cultural de nuestras percepciones sobre ellos. Son para nosotros parte de la flora y fauna local y no hombres con pasiones semejantes a las nuestras. Calificándolos así justificamos nuestro derecho a tratarlos como si no poseyeran los derechos humanos usuales”. ¿Cómo podrán entonces ser tratadas estas gentes por quienes se consideran los civilizados señores de la creación? “Los tratarán, simplemente, como sabandijas por exterminar o como animales domesticables”. “La palabra *indígena* —agrega— es el cristal ahumado que se colocan los observadores occidentales contemporáneos cuando miran

al resto del mundo, a fin de que la propia y halagadora superficie occidentalizada no sea agitada y rota por los fuegos indígenas que pese a todo aún arden bajo ella’.

Distinguiendo a esta gente como espécimen se podrá evitar que traten de confundirse en un mundo que les debe ser ajeno, aunque con sus riquezas y trabajo lo hayan hecho posible. Esta gente deberá mantenerse en su agreste e inhóspito hábitat, mantener sus propios atuendos, lengua, hábitos y costumbres para que sus dominadores se puedan sentir seguros. Lo absurdo es que sea una pequeña pero agresiva región de la tierra la que imponga su manipulación y la segregación al resto de la humanidad. El rostro, el color de la piel, la cultura, la religión, el sexo y los diversos hábitos, por ser distintos a los de sus manipuladores, serán vistos como inferiores y por ello incapacitados para cambiar su situación. ‘‘Hagas lo que hagas —dice Próspero a Calibán en la tragedia de Shakespeare— nunca serás mi semejante’’.

En el siglo XIX los mismos españoles que difundieron su lengua en la América por ellos conquistada la prohibieron a los filipinos, como también les prohibieron que usasen ropas semejantes a las de los españoles. En este siglo XX que termina, los ingleses prohibieron la enseñanza del inglés a los nativos africanos y el uso de ropas que sólo eran de sus colonizadores. En los democráticos Estados Unidos se ponían letreros diciendo: ‘‘Se prohíbe la entrada a perros, negros y mexicanos’’. Cada quien a lo que le es propio. Los indígenas en su miseria, los hombres por excelencia en su opulencia. En Filipinas surgió un hombre, José Rizal, que aprendió el español pese a la prohibición, y en el mismo idioma de sus colonizadores los combatió. En África Yomo Kenyatta aprendió el inglés y absorbió la misma civilización occidental y con ella enfrentó a sus colonizadores, vencéndolos. En Estados Unidos la gente ayer marginada es la que ahora exige ser considerada como norteamericana cien por ciento y como tal gozar del desarrollo en que también ha participado. El actor afroamericano Denzel Washington, cuando fue distinguido con un premio, lo rechazó porque se le daba como actor negro. ‘‘Dénmelo simplemente como actor, como a los otros actores, como actores y no por blanco o negro’’.

Los japoneses, que en tan graves apuros están poniendo a los estadounidenses y europeos en la economía de mercado, se visten como cualquier occidental, hablan su propio idioma, pero también el que les permite entenderse con el mundo occidental. Lo mismo están haciendo los chinos, los malayos y otros muchos indígenas de

esa gran región de la tierra, que sin renunciar a su peculiar identidad y lenguaje participan ya como iguales en una civilización que no es exclusiva de los occidentales. Los estadounidenses pudieron arrinconar, confinar a las naciones indias con las que se encontraron, pero no pueden hacer lo mismo con los africanos que ya no son esclavos, los latinos y los asiáticos que se niegan a ser considerados como gente fuera de esa nación de la que se consideraban ineludible parte.

Leí recientemente una importante entrevista a Luis Villoro en *La Jornada* y el texto publicado en *Nexos* sobre los indígenas y la autonomía. Sus palabras me afirmaron varios de los puntos de vista aquí expresados. Criollos, mestizos, no-indios —dice— han venido manipulando a los indígenas para justificar su explotación, esto hay que impedirlo. El problema del llamado indígena proviene de dos proyectos al parecer opuestos: el de la nación como Estado y el de la nación como comunidad. El empeño por un lado de modernizar al país y por el otro de mantener la diversidad de las comunidades de que está formado el país. La modernización impuesta por el Estado ha fracasado una y otra vez sin resolver los problemas de las diversas comunidades indígenas siempre explotadas. Fracaso de un proyecto ajeno a la múltiple expresión de la realidad del país, con sus diversas identidades y comunidades.

Guardando distancias, Luis Villoro habla de la semejanza entre la lucha de Gandhi en la India y la del zapatismo en Chiapas. Ambos, aunque de diversa forma, se hallan empeñados en preservar los valores de las diversas identidades y culturas indígenas. La diferencia más importante que yo encuentro es que Gandhi era hindú, como lo eran sus seguidores, y que su movimiento no partió ni de criollos ni de mestizos, ni tuvieron subcomandantes criollos que diesen órdenes a comandantes indios. Tampoco asesores extranjeros que aconsejasen cómo actuar. Gandhi no sólo conocía a su propio pueblo y sufrió con él, también conocía a sus colonizadores. A Gran Bretaña le tenía sin cuidado que los indios usasen calzones y mantos, adorasen a sus dioses mitológicos o venerasen a Buda o Mahoma. Lo que importaba era que millones y millones de indios les comprasen las telas para sus calzones y mantos, así como la sal de sus comidas y muchas otras cosas más. Lo que afectó a Gran Bretaña fue que Gandhi y sus seguidores se tejiesen las telas de su vestimenta y buscasen la sal de sus comidas. Esto es, que no consumiesen lo que controlaban sus colonizadores. Así se inició y alcanzó la independencia de la India. Después de la independencia

fue la pugna entre las diversas comunidades que formaban la India, pugna que sacrificó a su dirigente y también frenó la modernización, que siguió siendo preocupación central de esa nación en marcha.

A los Estados Unidos y Europa no les importa que los japoneses sigan usando sus kimonos, hablen diversos dialectos, usen sables de samurai, sino que hayan hecho suyos los instrumentos de la modernidad y con ello compitan en la fabricación de utensilios domésticos; y que sus ejecutivos, sin renunciar a sus hábitos y costumbres, se desparramen sobre la tierra para vender sus productos. Tampoco les importa que los chinos sigan o no usando sus viejos ropajes, usen coletas, sigan a Confucio, a Buda o a Mahoma; lo que les preocupa es que estén invadiendo mercados con mercancías que antes sólo hacían y vendían los pueblos occidentales, pero además que tengan armas atómicas para no dejarse intimidar. Algo semejante está sucediendo con el resto de los pueblos asiáticos, sin que ello implique anulación de la diversidad de sus expresiones étnicas, religiosas, culturales. África, aunque con dificultad, apunta hacia el mismo camino. Es el camino que ha intentado e intenta seguir la América de la que es parte México. No es la resistencia interna la que impide la modernización, sino la resistencia externa que piensa que menoscaba sus intereses como sucede con Asia.

Hablemos ahora del derecho a la diferencia. Los occidentales, para imponer su dominio y anular cualquier intento de negarlo, han venido sosteniendo antes que nadie este derecho, que ahora enarbolan los pueblos bajo dependencia para hacer patente, paradójicamente, la igualdad con sus opresores. Los reclamos del derecho a la diferencia tienen doble filo. Las grandes proclamas de los derechos del hombre parten de la afirmación de que todos los hombres, por serlo, son iguales y por ello con derechos semejantes entre sí. Sin embargo, el mismo hombre que partiendo de sí mismo proclama estos derechos, tanto en Estados Unidos en 1776 como en Francia en 1789, no se muestra dispuesto a reconocerlos a gente que considera no le es semejante: por su piel, ojos, cráneo, hábitos, costumbres, religión, inclinaciones y modo de vida distinto al propio. El reconocimiento de lo humano de otros hombres queda en suspenso por su ineludible diversidad. Este hombre no está dispuesto a aceptar su propia diversidad y a aceptar la de otros. Considera que la incapacidad de esos otros para hacer y vivir en el mundo que él ha hecho muestra la limitación de su humanidad. Por ello reclama su derecho a la diferencia, a no ser confundido con "homúnculos", hombrecillos, salvajes, bárbaros de muchas formas inferiores como



lo demuestra su marginación de la modernidad creada por el hombre por excelencia. Yo soy lo que soy y no estoy obligado a compartir lo que es propio de mi identidad con otros. No puedo ni debo ser confundido con esos otros. Esos que se queden en los márgenes de donde no debieron salir. Esos otros son los indígenas de la tierra.

El hombre por excelencia, graciosamente, como lo expuso Juan Ginés de Sepúlveda, puede enseñar a los homúnculos a salvar sus almas pagando con sus cuerpos. Para ello debieran mantenerse bajo su hegemonía o no volver al vacío de donde surgieron o ser exterminados. “Yo te enseñaré mi lengua”, dice Próspero a Calibán, “para que sepas tu lugar en el mundo creado por mí”. Calibán contesta: “Aprendí tu lengua y tu modo de ser para poder maldecirte, para decir lo contrario de lo que tú sostienes, que yo soy amo y señor de la tierra que ahora pisoteas y los bienes que me robas. Conozco tu lengua, tus costumbres, ciencia y técnica y con su uso te muestro que soy tu semejante. Soy tu semejante porque eres distinto de mí como yo lo soy de ti. Porque ambos somos individuos, hombres concretos y no copias los unos de los otros. Esto nos iguala, por ello ambos tenemos derechos que no son de tu exclusividad”.

El derecho a ser distinto y no copia de otros es lo que iguala a los hombres entre sí y los convierte en titulares de derechos inherentes a todo hombre. Tal es lo que los llamados *indígenas* reclaman a lo largo de la tierra a sus manipuladores y depredadores. Para impedir la insistente presencia de esta indeseada gente es que se están levantando murallas en Europa y en los Estados Unidos. Impedir la entrada de más “indígenas”, de gente distinta a ellos. “Fuera tercermundista” se lee en un muro en París; la respuesta abajo dice: “Nosotros estamos aquí porque antes ustedes estuvieron allá”. “¡Que los extraños se queden en sus selvas, chozas, con sus trajes, sus cuentas, todo lo que les distingue. Ya son prescindibles!”. La conversión de la materia desechable y el robotismo los hacen innecesarios. Fuera africanos, asiáticos, latinos, europeos del Este. Fuera los pobres, los que de alguna forma son distintos de los señores de la creación.

¿Pero qué hacer con los que ya están dentro del mundo del que es expresión la modernidad? ¿Exterminarlos? ¿Regresarlos a los hogares de sus antepasados? ¿Crear sus *ghettos*, reservaciones, campos de concentración? Es tan grande la presencia de estos indígenas en Europa y en los Estados Unidos que eso ya no es posible. También es grande el empuje de los que quieren participar en un mundo en el que de diversa forma han participado. ¿Qué hacer?

¡Aconsejarlos para que reclamen como nosotros su derecho a la autonomía individual y comunitaria! ¡Que reclamen su derecho a ser distintos de nosotros! ¡Su derecho al *ghetto*! La reservación, la confinación, como los occidentales reclaman sus derechos a vivir exclusivamente en las ciudades que han levantado. Los indígenas, dicen, son portadores de valores extraordinarios, que nosotros los occidentales somos incapaces de alcanzar. ¡Quédense en sus selvas, cañadas, desiertos, en la extraordinaria naturaleza que no han manipulado ni aniquilado. Ustedes a lo suyo, nosotros a lo nuestro!

El problema de México y de la América de la que es parte no está en la supuesta incompatibilidad del proyecto del Estado modernizador, de criollos y mestizos, no indios, y el proyecto llamado popular que se finca en los peculiares valores de las culturas indígenas. El primero se considera parte del afán inútil por ser lo que es imposible ser; por ello debe ser abandonado, asumiendo el milenarismo proyecto expreso en las viejas culturas indígenas. Desde el siglo XVI, inicio de la conquista y colonización, se han ponderado los valores de la cultura indígena. Pero no siempre: Juan Ginés de Sepúlveda y varios evangelistas españoles vieron en estas culturas expresión del demonio, de gente abandonada por Dios y por ello destinada a la perdición. Su descubrimiento y conquista permitiría su salvación pero para ello tendrían que pagar con subordinación y trabajo a sus salvadores. El puritanismo sólo verá a esta gente como parte de la flora y fauna para utilizar, exterminar o acorrallar en reservaciones como lo expone Toynbee.

En esta región de nuestra América eran tan numerosos los pueblos indígenas y tan fuerte su cultura, que exterminarlos era imposible. Habría entonces que tolerarlos. Tolerarlos como gente cuyos valores deberían ser preservados, evitando la corrupción de los mismos y para ello confinarlos. Hacerlos aceptar su derecho a ser distintos y a mantener sus hábitos y costumbres. Ahora se les vuelve a aconsejar que acepten y reclamen sus reservaciones, que no intenten cruzar sus limitados espacios y menos aún sus fronteras, rebasando sus murallas de acero. Que acepten la confinación regional y la confinación nacional. Que nadie intente salvar sus fronteras y menos hacer suyos los instrumentos de la modernidad porque ello anularía sus propios y peculiares valores.

¿No es lo que quisieran los pueblos que forman el mundo euro-occidental para que no perturben sus peculiares derechos y no hagan suyas sus peculiares creaciones? Esto no sólo vale respecto de México y América Latina, sino también de Asia, África, Oceanía,

de los millones y millones de gentes a las que llaman indígenas. ¡Que no insistan en entrar en un mundo que no les es propio! ¡Que por el contrario defiendan y mantengan su valiosa identidad!

La peculiar identidad y valores de los pueblos no occidentales no tiene por qué estar reñida con el proyecto modernizador. La diversidad de sus culturas no es incompatible con el uso de los instrumentos de la civilización occidental. Fue un error de nuestros liberales en México y América Latina el pensar que para modernizarse tenían que renunciar a lo que les distinguía por su cultura e historia en el inútil afán por ser otros de lo que eran. Se puede ser moderno sin negarse a sí mismo. Así lo han comprendido los pueblos que en Asia están poniendo en jaque a los pueblos occidentales, fabricando, consumiendo, compitiendo y mejorando lo que se presentaba como exclusivo del Occidente.

Europa está formada también por diversas culturas. Es multiétnica y multirracial. No posee una lengua común ni un solo folklore. Ésta su diversidad es lo que ha desencadenado sangrientas guerras donde han tratado de imponerse unos sobre otros. Al expandirse sobre el resto de la tierra llevaron consigo este espíritu competitivo y volvieron a luchar entre sí para imponer su singular hegemonía, originando las dos grandes guerras mundiales.

En su encuentro con otros pueblos de la tierra sólo vieron en ellos a gente por dominar e imponerle sus intereses. Gente que por su raza, hábitos y cultura distintos, sólo habría que exterminar o acorralar y, cuando esto no era posible, tolerar.

En Estados Unidos se habló de naciones indias con las que supuestamente se pactaba para diezmarlas y acorralarlas. Pero tanto Estados Unidos como Europa Occidental al expandirse se involucraron con los pueblos llamados indígenas y mucha de la gente llevada a sus entrañas por necesidad o para hacer el trabajo sucio que ya no podían hacer quienes se consideraban señores y no siervos. A los indígenas que fueran dueños de las praderas se les acorraló como naciones indias. Crearon autonomías, reservaciones. Esto ya no pudieron hacer con los millones de afroamericanos, hispanoamericanos y asiamericanos. Ahora tienen que asimilarlos, que aceptarlos como parte de la nueva nación, de los nuevos Estados Unidos de los que recientemente habló el presidente William Clinton. Pero la resistencia a esta asimilación sigue viva por parte de los estadounidenses que se consideran los creadores y dueños de la nación que al expandirse sobre esas tierras originaron.

Lo que está bien claro en Estados Unidos es que ahora ha de asimilar lo que ha ingerido, pero se resiste a que aumente la presencia de gente nueva para ser asimilada. No necesita ya de mano de obra barata. Pero lo que sí necesita, paradójicamente, es que esa misma gente que ya no quiere dentro sea capaz de consumir lo que en esa nación se tiene que producir para mantener su desarrollo. De esta necesidad hablan las tiendas estadounidenses vacías al otro lado de la frontera y las tiendas que en una mala conducción del T.L.C llegaron a México. Necesitan no de trabajadores, sino de consumidores que sólo el desarrollo de pueblos como el mexicano podrá hacer posible. Éste es, precisamente, el reto para México, para los mexicanos, hacer por sí mismos lo que no le será hecho por otros. Y para ello integrarse, no dividirse. Incorporar a los múltiples pueblos que forman la nación. Estimular su participación, no separarlos. Que sus culturas, sus originales modos de vida, enriquezcan los nacionales. Estimular su participación, no desalentarla en supuesta defensa de una identidad que es parte de la nación.

¿Qué es México? ¿Un abigarrado grupo de pueblos y culturas extraños entre sí? No, México es una nación que históricamente ha sido integrada con los instrumentos que, sin proponérselo, les dieron sus conquistadores y colonizadores: lengua, religión y capacidad para el mestizaje. Es la cultura, ya no indígena, ni criolla, ni mestiza, sino mexicana, que desde la Colonia se hizo expresa en muchas regiones de México, Tonanxintla, Puebla, Oaxaca, Zacatecas. La cultura nacional de la que son parte Juana Inés de la Cruz, Alarcón, Sigüenza y Góngora. La de los mexicanos de dimensión universal como el Benemérito de las Américas, Benito Juárez y como Rufino Tamayo. La de ese México que lleva, en el rostro descubierto de cada mexicano, el sello de su múltiple y rico origen.

Hace algún tiempo Alfonso Reyes dijo a los hombres de cultura europea: "Señores, hemos llegado a la mayoría de edad, ahora tendréis que aprender a contar con nosotros". Ahora podremos decir a quienes se empeñan en confinarnos por la diversidad de nuestro origen: "Señores, no insistan en confinarnos, en mandarnos a la selva; ustedes están dentro de nosotros como nosotros dentro de ustedes. Para marginarnos tendrían que hacer del orbe entero una sola y gran selva".